

Hacia una epistemología exploratoria para el ejercicio de ciudadanía digital: elementos para su construcción

Sección ESTUDIOS

RECIBIDO: 03/06/2023

APROBADO: 15/09/2023

PUBLICADO ONLINE: 21/12/2023

Matias Federico Boglione¹

Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

m.boglione930@gmail.com

ORCID: 0000-0002-7213-6981

RESUMEN

La tecnología, ahora convertida en mediación cultural, se ha vuelto transversal a la vida de las personas, configurando verdaderos “ecosistemas comunicativos” de la sociedad que posibilitan nuevos espacios de lucha y resistencia cultural y mediática. Es debido al auge de estas nuevas espacialidades que este trabajo se propone un acercamiento a las problemáticas que giran en torno al ejercicio de las nuevas ciudadanía digitales, haciendo especial énfasis en la apropiación tecnológica y las prácticas de activismo mediático como formas de resistencia; para, a partir de ello, presentar un repertorio de herramientas epistemológicas que contribuyan a describir y comprender acciones y experiencias del ejercicio ciudadano en entornos digitales.

PALABRAS CLAVE: Ciudadanía digital; etnografía digital; activismo mediático.

Towards an exploratory epistemology for the exercise of digital citizenship: elements for its construction

ABSTRACT

Technology, now converted into cultural mediation, has become transversal to people's lives, configuring true “communicative ecosystems” of society that enable new spaces of cultural and media struggle and resistance. It is due to the rise of these new spatialities that this work proposes an approach to the problems that revolve around the exercise of new digital citizenships, placing special emphasis on technological appropriation and media activism practices as forms of resistance; to, based on this, present a repertoire of epistemological tools that contribute to describing and understanding actions and experiences of citizen exercise in digital environments.

KEYWORDS: Digital citizenship; digital ethnography; media activism.

1 Doctorando en Ciencia Política, Centro de Estudios Avanzados (CEA), Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Argentina. Correo: m.boglione930@gmail.com

Introducción

El papel de las industrias culturales parecen estar jugando un rol cada vez más determinante en la producción de una cultura de masas (Hall, 1984; Adorno, 2002; Storey y Mata, 2018). Las nuevas tecnologías están configurando una nueva socialidad conectada: medios a través de los cuales las personas socializan, reproducen pautas y modelos de comportamiento, operando en ellos complejas reglas de funciones cognitivas de los discursos (Chaves-Montero, 2017). Esto ha desarrollado, además, “ecosistemas comunicativos” (Martín-Barbero, 2009), “ecosistemas de medios conectivos” (Van Dijck, 2016), “ecologías mediáticas” (Miller y Horst., 2020) o “ecologías comunicativas” (Lennie y Tacchi, 2013) que configuran un nuevo espacio público.

Estas nuevas espacialidades son fruto de una doble consecuencia del empuje del capitalismo globalizador: un impulso a la desterritorialización que se relaciona con la destrucción de identidades colectivas, sistemas de valores y espacios sociales; y otro impulso hacia la reterritorialización que, por medios artificiales, rediseña nuevas estructuras de poder y modelos de dominación (Guattari y Rolnik, 2006; Haesbaert, 2019). Por ello, no son pocas las voces que vienen alertando sobre las indeseables consecuencias de esta nueva fase del capitalismo en la que se privatiza y se comercializa lo intangible e inmaterial, ya sea la culta, el conocimiento o la información, el cual se conoce como “capitalismo cognitivo” (Caballero y Sola-Morales, 2021).

En los medios digitales comienzan a confluír la comunicación del entorno inmediato de las personas (interpersonal) y la comunicación de masas (sistema de difusión centralizada). Esta confluencia, en un marco cognitivo común, está generando una evolución y una revolución en las audiencias. Partiendo de la base de que estas gigantescas corporaciones privadas cercenan la potencialidad de crear y articular nuevos significados, subvertir valores tradicionales o comunicar de formas alternativas, es importante insistir en que la cultura escapa en gran medida a las leyes o normas que protegen la propiedad de una minoría y que, en ese sentido, este novedoso “espacio público digital” estará atravesado por la experiencia común de todos los miembros que hacen parte de él y, por ello, surgirán nuevos valores, significados e identidades pugando por existir y ser reconocidos (López García, 2005; Williams, 2001).

Por ello, conviene separar en dos tendencias diferentes los efectos de estos nuevos paradigmas comunicativos que las tecnologías posibilitan. Por un lado, potencian y facilitan actividades sociales: las plataformas no son sólo artefactos,

sino complejos entramados de relaciones en constante interacción. Dentro de este ecosistema, los actores le otorgan sentidos diversos a las plataformas. Por otro lado, los efectos que contribuyen a la tecnificación de la socialidad: las técnicas de recolección y análisis de la información vuelve a las actividades sociales fenómenos medibles, manipulables y gestionables que podrían contribuir a dirigir la socialidad² (Van Dijck, 2012).

Estamos interactuando en un espacio público cada vez más mediatizado, razón por la cual se ha convertido en el escenario de dominación predilecto de las industrias culturales. Una dominación que, gracias a la continua reproducción de sentidos neoliberales, asegura y naturaliza relaciones de poder específicas que se están dando, en gran medida, en la intersección entre sociedad, cultura y comunicación; dimensiones en las cuales se están instalando complejas disputas por la hegemonía entre diversas formas de vida (Betancourt, 2011).

Por eso, entender el espacio simbólico y de la comunicación de masas como el campo de batalla por excelencia, en donde se dan frentes de lucha culturales como “zonas fronterizas” donde estructuras simbólicas y prácticas sociales son compartidas por agentes diversos, del mismo modo que lo entienden diversos grupos subalternos³ que se plantan frente a la hegemonía neoliberal y sus indeseables consecuencias, será fundamental para delinear posibles caminos de acción que nos saquen del estado de distracción y somnolencia programada en la que vivimos actualmente (Hernández Conde, 2020).

Una de las principales consecuencias del fortalecimiento de la hegemonía neoliberal, ha sido el establecimiento del “mapa policial de lo posible”: el orden naturalizado de lo posible, que instaura las coordenadas objetivas y simbólicas, los márgenes y límites en el que piensan y actúan los sujetos; cuyo mantenimiento se logra gracias al principio foucaultiano de que el poder fortalece y naturaliza el orden de dominación y contiene los límites de lo posible. Aquí entra la importancia de la política para interrumpir ese orden, suspendiendo el proceso de subjetivación (Rancière, 1996; Reguillo, 2017).

El creciente interés que grupos corporativos, empresariales y estatales tienen sobre estos nuevos espacios, generan un impacto directo en la regresión en el acceso a información veraz, el uso de algoritmos para perfeccionar publicidad y de

2 Esta cuestión que se menciona sobre “dirigir la socialidad”, es pertinente para los estudios sobre el poder, porque su función trata de darle forma y dirección a la sociedad administrando el conflicto; un punto nodal en el cual la ciencia política aún tiene mucho por estudiar y analizar.

3 En el sentido gramsciano del término: grupos subordinados a quienes la cultura dominante les impone estructuras mentales y cognitivas, especialmente a través de la persuasión y el consentimiento, con el objetivo de asegurar la obediencia y la dominación (Gramsci, 1968; Hall, 1984).

información para incremento de la rentabilidad, espionaje masivo, entre otros (Han, 2014; Lanier, 2001). Entonces, como la expansión capitalista genera una constante inestabilidad y amenaza a las identidades sociales, se vuelve urgente alimentar nuevas formas de imaginarios colectivos que reconstituyan esas identidades (Gramsci, 2004). Por eso el interés de este artículo comienza por el estudio del ejercicio de la ciudadanía, que requiere siempre de un espacio de comunicación en donde los ciudadanos puedan intervenir y hacer parte del desarrollo del diálogo y la disputa, donde se busquen zanjar las contradicciones y los desacuerdos, pero ubicando este espacio en un contexto digital, en el que adquiere una nueva dimensión en la cual lo privilegiado ya no será la riqueza o la tierra, sino la información y nuestra relación con ella (Galindo, 2009).

Con lo expuesto hasta aquí, se desprende el objetivo de este trabajo: presentar algunas propuestas epistemológicas que contribuyan a abonar aquellas investigaciones que buscan comprender la trama de relaciones que configuran el ejercicio ciudadano y activista en entornos altamente mediatizados.

El devenir del ecosistema comunicativo en la era digital

Desde los inicios del desarrollo de internet ya se percibía una profunda relación entre movimientos sociales y activistas con esta nueva tecnología, porque compartían una “cultura de la autonomía”, decisiva para coordinar, movilizar y organizar a las personas; poniendo de manifiesto que el papel de internet iba mucho más allá de la simpleza instrumental (Castells, 2012). El activismo en internet o “ciberactivismo”⁴ se basa especialmente en el uso y apropiación de tecnologías de la información y la comunicación, como por ejemplo las redes sociales, para convertirlas en vías de expresión y redes de comunicación alternativas al poder, auténticas herramientas cívicas con las que buscan dinamizar la opinión pública y estimular la movilización social.

Por eso, uno de los principales objetivos del activismo en internet suele estar relacionado con intervenir en la opinión pública para generar cambios en las agendas, irrumpiendo con sus demandas en el constante flujo de contenidos mediáticos hegemónicos. Algunos ejemplos de estas dinámicas de expresión han sido el movimiento *Occupy Wall Street* en Estados Unidos en 2011, el movimiento

4 Asimismo, existen otras formulaciones, tales como hacktivism, slakctivismo, clicktivismo o activismo de hashtags que prestan atención a dinámicas específicas según los intereses de los activistas involucrados en el análisis (Larrinaga y Valencia, 2017).

15M en España el mismo año o las movilizaciones feministas del 8M en Argentina, en el año 2018.

El desarrollo de estos entornos digitales son siempre consecuencia de procesos contingentes, ya que el resultado de lo que hoy es -o está siendo- reposa siempre en una serie de negociaciones, intereses y conflictos previos (Hine, 2004). Por estas razones se vuelve importante abordar las prácticas comunicativas orientadas al ejercicio de ciudadanía, centrándose en las mediaciones y el ejercicio del poder para llevar el foco hacia el análisis de las luchas y de las resistencias comunicativas, es decir, del activismo digital que emerge de las contradicciones del espacio comunicativo; y acercarnos, al mismo tiempo, a enfoques “no medio-céntricos”, ya que una excesiva atención a los medios nos imposibilita estudiar los contextos donde las prácticas tienen lugar (Morley, 2006).

La utilidad política y cultural que las redes sociales significan para el ejercicio ciudadano está dada por las facilidades que le otorga a la hora de superar las barreras mediáticas (principalmente de los medios de comunicación tradicionales) y, en esa medida, darle visibilidad a los conflictos mediante novedosas estrategias de intervención y comunicación política. Así, el ciberespacio se convierte en un centro de operaciones (Lago Martínez, 2015) en el que continuamente surgen instancias de recreación en la que los agentes transforman el devenir del espacio según las necesidades para la reproducción de los ámbitos de la vida. Un espacio social que no está ante nosotros o a nuestro alrededor, sino que estamos situados en él, en una serie de envolturas que se implican de forma recíproca y que explican las prácticas sociales, además de volver irrelevantes los planteamientos sobre las diferencias entre mundo online/offline (Lefebvre, 2013).

A partir de aquí, es posible asumir que las necesidades de los actores en el espacio incluirán estrategias y acciones para el ejercicio del poder dentro y a través de él. Dichas acciones pueden ser definidas como estrategias sociales de control del espacio, a través de las cuales los grupos humanos ejercen control sobre una determinada porción del mismo (Tomadoni, 2007). En este sentido, si tenemos presente que, a diferencia de la dinámica de transmisión de los medios de comunicación tradicionales, el espacio virtual no cuenta con mediatizadores que transmitan información de manera unidireccional y, por lo tanto, la circulación de mensajes dibuja nuevas trayectorias (Romero, 2020) y las figuras de emisor y receptor se entrelazan y superponen entre sí⁵, estas diferencias podrían significar una ventana

5 Esta cuestión se asemeja a la figura del “prosumidor” como nuevo sujeto de la comunicación que viene sirviendo para explicar la evolución de las audiencias al margen del paradigma tradicional de la industria mediática; figura íntimamente ligada, también, al ejercicio de ciudadanía que permitan desarrollar com-

para grupos subalternos y plataformas interesadas en generar y difundir contenidos alternativos (Han, 2014; Pink et al., 2019).

El espacio virtual se ha convertido en un lugar clave para la construcción de identidades colectivas, un nuevo territorio para la resistencia social y política (Lago Martínez, 2008); y esto es algo que muchas instituciones, movimientos sociales y actores diversos han comprendido hace algunos años: minorías y comunidades marginadas introducen “ruido” en las redes con la intención de generar distorsiones en el discurso de lo global, a través del cual se abren paso sectores invisibilizados de la sociedad (Han, 2017; Martín-Barbero, 2001).

Con lo cual, nuevas formas de experimentar lo “local” aúnan los mundos digitales y materiales, que convergen para crear nuevas formas de ser y saber, constituyen la naturaleza de los entornos inmediatos en que vivimos y borra las fronteras entre localidades *online/offline*, constituyéndose en robustas ubicaciones para la cultura (Boellstorff, 2020).

Por todo esto es que se vuelve fundamental reconocer qué anima a estos grupos a cooperar, identificar regularidades en los momentos en que los individuos logran superar la barrera de la dispersión que el ecosistema digital impone e, incluso, organizarse en torno a demandas o problemas comunes; buscando desentrañar la trama de relaciones e injerencias en los procesos mediante los cuales actores, agentes de cambio y/o activistas introducen ciertas discontinuidades en el espacio en el que desarrollan sus prácticas. Rastrear las bifurcaciones en el eterno flujo informativo, en las imágenes y en las palabras, pero también en los deseos de los sujetos que son parte de la experiencia del espacio, como así también los vínculos que tejen entre sí (Adamovsky et al.; Latour, 2008).

Una aproximación a las grietas de la globalización

Existen posturas teóricas menos optimistas respecto a la mediación tecnológica en el desarrollo de estrategias para la acción colectiva de forma particular y respecto a las movilizaciones de los movimientos horizontales actuales en general. Dichas posturas, en gran medida, parten de la previa definición del sujeto neoliberal como personas que se auto-engañan constantemente, que se persuaden a sí mismas de todo pensamiento crítico; como individuos aislados en el espacio virtual, que no son capaces de desarrollar un “nosotros” con una narrativa común y propia; es

petencias adecuadas que ayuden a dominar y procesar cantidades cada vez más amplias y complejas de información (Sánchez, 2019; Galindo, 2009).

decir, una multitud sin espíritu, sin una dirección fija debido a su fugacidad e inestabilidad, a la incapacidad de desarrollar una energía política que lleve a la acción colectiva (Han, 2014).

Si bien estos movimientos rechazan abiertamente las formas de dominación actuales, las estrategias de movilización centradas en la acción directa que privilegian la inmediatez por sobre la mediación y que invocan un sentido de la política muy ligada a lo personal y lo afectivo, suelen ignorar las formas de dominación más sutiles y están siendo incapaces de constituirse en estructuras de lucha que persistan en el tiempo y se amplíen en el espacio. La falta del componente hegemónico en estos movimientos parece estar impidiendo articular la diversidad de exigencias y demandas políticas que actualmente pugnan contra los centros de poder desde la periferia del ecosistema comunicativo de la sociedad (Srnicsek & Williams, 2017).

Estas evidentes incapacidades revelan lo extremadamente complicado que resulta comprender cómo suele producirse la auto-organización o la acción colectiva. Las *shitstorms*⁶, por ejemplo, son un genuino fenómeno propio de esta nueva era de la comunicación digital e instantánea, una “tormenta de indignación” que crece en el espacio que está débilmente ocupado por el poder: una especie de ruido que se propaga por las redes sociales y que podría pensarse como una metáfora que referencia la descomposición y debilitamiento del poder (Han, 2014).

Otro patrón que se ha observado en el comportamiento online es el *swarming*⁷, que describe un tipo de auto-organización que puede surgir espontáneamente y esparcirse con relativa facilidad por las redes sociales. Este fenómeno se produce cuando diversas unidades o agentes convergen en una misma lucha desde múltiples direcciones; muchas veces con la intención de mantener una presión más fuerte sobre un “blanco” (Adamovsky et al., 2007; Han, 2014).

Resultan ilustrativos mencionar estos patrones de comportamiento en redes sociales, ya que debido a su naturaleza “ruidosa”, inestable, atomizada y muchas veces en extremo fugaces, terminan siendo “tormentas de indignación” sumamente ineficaces porque no llegan a cristalizarse en cambios significativos dentro de la sociedad (aunque algunas otras veces sí lo logren). Por lo tanto, una organización que dirija el proceso de presión o demanda de maneras más directas y menos atomizadas, que logren plantearse objetivos y “frentes de batalla” específicos y planificados, además de poder sostener dichas acciones en el tiempo, nos plantea la necesidad de pensar en la cuestión intelectual como la cuestión política fundamental, ya que la cultura es el escenario donde transcurre buena parte de la política

6 Se traduce literalmente como “tormenta de mierda”.

7 Se traduce como “enjambre”.

y las ideas, que son, en última instancia, las que forjan la identidad y orientan la conducta de los individuos (Gramsci, 2004).

Hoy en día, los modos mediante los cuales las tensiones se experimentan en el ecosistema digital, están atravesados por la precariedad, una especie de constante ensayo y error en donde se forjan nuevas formas de lucha. Los activistas y grupos subalternos están en medio de la construcción de un público alternativo, que parte de la necesidad de un hacer emerger un nuevo sujeto histórico; mientras que los intelectuales están recién imaginando y construyendo el campo de análisis, mientras que, al mismo tiempo tratamos de comprender las consecuencias de nuestras acciones y las que se generan a partir de los cada vez más veloces cambios tecnológicos (Guattari & Rolnik, 2006).

Si el ejercicio político en redes sociales que llevan adelante actores periféricos no está motivado por un continuo ejercicio en busca de trascender las dicotomías y articular voluntades entre la diversidad y desde la diferencia, como así también desarrollar lazos horizontales cada vez más fuertes, el riesgo de caer derrotados ante las rígidas líneas divisorias basadas en identidades exclusivistas es muy elevado, especialmente si tenemos en cuenta el contexto de hegemonía neoliberal en el que nos encontramos (Adamovsky et al., 2007).

Una hegemonía que ha relegado a la política a un lugar subalterno, contribuyendo a su vaciamiento simbólico y alejando las decisiones más importantes del escrutinio público. Todo esto, además, ha provocado una pérdida de la capacidad de convocarnos para desarrollar nuevas representaciones de lo social, manteniéndonos atados a una impotencia individual y colectiva que nos ha llevado a una creciente percepción de que no existen futuros alternativos al que nos ofrece el capitalismo actual con su evangelización globalizante (De Moraes, 2010).

Si en algo ha tenido éxito el capitalismo en general y el neoliberalismo en particular, ha sido en la construcción de una idea de progreso histórico, con un horizonte universalista, que ajusta el significado de la modernidad a los intereses del capital. La modernidad es hoy una expresión cultural del capitalismo: por eso la modernización permanece asociada a privatizaciones, a la flexibilización de los mercados y el paradigma de la eficiencia económica; y a partir de todo esto, nos ofrece una imagen de cómo debería verse el futuro (Srnicsek & Williams, 2017).

Estamos en medio de la búsqueda de nuevas formas y contenidos para la organización de la voluntad popular, es decir, nuevas formas de construir hegemonía que incluyan una aceptación y comprensión de las dinámicas comunicativas actuales, los patrones de comportamiento online y las especificidades de los espacios en los que se difunden los contenidos culturales; ya que si la cultura cambia, también cambian

las formas a través de las cuales se busca darle sentido a la voluntad popular, cada vez más compleja, diversa y dispersa.

Poner el foco en los usos que los grupos subalternos hacen de las redes sociales nos abre un repertorio de prácticas políticas tendientes al estímulo de conciencias críticas para el cambio social; pero también nos revela la importancia de prestar especial atención al estado del juego de las relaciones culturales, es decir, las siempre cambiantes relaciones de fuerza que le van dando forma al campo de la cultura (Hall, 1984), ahora desde los medios conectivos, que se han transformado en las principales industrias culturales de nuestro tiempo. Esta cuestión nos lleva directamente a pensar en las múltiples formas que la lucha cultural adquiere, y por eso la necesidad, además, de estudiar y teorizar sobre la relación entre la hegemonía y la cultura.

Horizonte de posibilidades: ideología e identidades políticas

En este contexto, parece urgente un retorno de la política y lo político, que permitan ensanchar el horizonte de la acción colectiva y el desarrollo intelectual que vienen siendo asfixiados por el determinismo tecnológico y el pensamiento único, para buscar comprender todas estas dinámicas que operan y se solapan mutuamente en el ecosistema digital y que abren un campo de estudio que la ciencia política aún no ha comenzado a explorar con rigurosidad. En este sentido, una mutación de la política que abrace nuevas utopías y nuevos futuros posibles podría ayudar a superar las limitaciones a las que se enfrentan las comunidades culturales en su búsqueda por reinventar sus identidades y fortalecer lo colectivo.

Es hora de poner la revolución tecnológica al servicio de la movilización de nuevos imaginarios sociales que estén en condiciones de disputar los sentidos más centrales sobre los que se estructura el pensamiento neoliberal, potenciando la capacidad de supervivencia de los grupos subalternos y asociaciones de protesta que continuamente buscan construir nuevas formas de creatividad expresiva y participación democrática; es decir, que les permitan tomar decisiones que les faciliten conservar y renovar su capital cultural (De Moraes, 2010).

La teoría política contemporánea podría ser de ayuda en la colocación de la sociedad civil como actor central del desarrollo sociocultural actual y dotarla de posibilidades reales de romper con las diversas exclusiones y enriquecer las experiencias de interacción en el ecosistema digital, asumiendo, además, la importancia de lo que se pone en juego mediante la intervención de la política en la comunicación y

la cultura: la producción misma del sentido de lo social y los modos de vinculación y reconocimiento entre ciudadanos. La revitalización de las identidades y la revolución de las tecnicidades parecen ser claves en este proceso (De Moraes, 2010).

La teoría política, especialmente a partir de la deriva posmoderna, coloca a la identidad en un complejo juego de fronteras y oposiciones. El exterior de las identidades, en cierta manera, ayuda a su propia constitución. A partir de esto, se busca abordar los desafíos actuales a través del marco de las políticas fronterizas. Los márgenes, los bordes y lo periférico adquieren ahora una nueva dimensión, un nuevo valor; principalmente cuando se busca comprender las tan complejas y cambiantes realidades de hoy en día⁸ (Brown, 2002; Biset, 2016).

Al parecer, el momento posmoderno viene disolviendo las fronteras que en diversos campos del conocimiento se habían erigido, y la ciencia política no es la excepción. Este panorama ha sido descrito por Lyotard como un descreimiento y una incredulidad generalizada hacia las grandes narrativas de la modernidad que durante mucho tiempo funcionaron como una tabla de valores o marcos de interpretación del mundo que orientaban la conducta humana. Al entrar en crisis estas estructuras, podemos decir que la identidad se ha constituido en una fuerza capaz de introducir contradicciones en la hegemonía de la razón instrumental, modificando los estatutos cognitivos del capitalismo actual (De Moraes, 2010; Brown, 2002; Biset, 2016).

A partir de este panorama, la teoría política debe asumir un compromiso crítico con estas nuevas experiencias políticas y colectivas, teorizando sobre la identidad, el reconocimiento y las reconfiguraciones en la naturaleza del ejercicio de la ciudadanía actual, especialmente a partir de la influencia creciente de las nuevas tecnologías. Trabajar sobre un mundo que se encuentra desencantado, lleno de fuerzas, acontecimientos y poderes que están cada vez más fuera de nuestro alcance y, al mismo tiempo, con una acción colectiva débilmente estructurada, se ha vuelto urgente y necesario para reorientar el cambio social (Brown, 2002).

Gracias a los aportes intelectuales de Foucault, ahora podemos considerar que el poder está presente, solapado y entretejido, a través de todo el universo de lo humano. De esta manera, el desdibujamiento de las sólidas fronteras que constituían objetos de estudio demasiado monolíticos, podrían volverse una ventaja y,

8 Este panorama ha sido descrito por Lyotard como un descreimiento y una incredulidad generalizada hacia las grandes narrativas de la modernidad que durante mucho tiempo funcionaron como una tabla de valores o marcos de interpretación del mundo que orientaban la conducta humana. Al entrar en crisis estas estructuras, podemos decir que la identidad se ha constituido en una fuerza capaz de introducir contradicciones en la hegemonía de la razón instrumental, modificando los estatutos cognitivos del capitalismo actual (De Moraes, 2010; Brown, 2020; Moreno, 2015).

sobre todo, una oportunidad de politizar todo lo perteneciente a la cultura humana; especialmente aquellas formas de dominación y exclusión en apariencia despolitizadas gracias al apoyo de discursos sobre lo natural y lo neutral (Brown, 2002).

Los nuevos interrogantes que emergen de los complejos procesos sociales del siglo XXI nos imponen la necesidad de acudir a lo interdisciplinario, a la creatividad epistemológica y, sobre todo, dejar atrás las viejas ideas que plantean esferas de estudio separadas e independientes entre lo cultural, lo político, lo económico y lo tecnológico. Esto es especialmente importante si tenemos presente que la dominación que el capitalismo actual ejerce no es sólo económica, sino que, además, y quizás más importante aún, se expresa a través de la manipulación subjetiva a gran escala. En contraposición, las luchas actuales, cualquiera sean su alcance, tienen una aplicación y un impacto político que cuestiona ese sistema de producción de subjetividad neoliberal (Brown, 2002; Guattari & Rolnik, 2006).

Hoy en día, la teoría política puede ayudarnos a revelar las incoherencias y las contradicciones a partir de la recodificación y el reordenamiento de los significados del mundo, con el fin de poder imaginar, pensar y construir nuevos futuros posibles, nuevas representaciones del mundo a partir de su continua interpretación. Gracias a la diversidad cultural y la convergencia tecnológica que la alimenta, tenemos dos oportunidades cruciales: desmontar la hegemonía racionalista neoliberal y configurar el ecosistema de medios conectivos como un nuevo espacio público donde la convergencia de una diversidad de actores nos ayude, al mismo tiempo, a encontrar y desarrollar otras racionalidades, otros ritmos de vida y nuevas modalidades de lo que llamamos “comunidades” (De Moraes, 2010; Brown, 2002; Laval, 2015).

A partir de los desarrollos de Derrida en torno a la categoría de discurso, ahora es posible enfocar nuestras energías intelectuales en torno a la importancia del campo discursivo como un espacio estratégico, ya que está profundamente atravesado por las lógicas del poder; porque es en el campo discursivo mismo en donde se busca monopolizar la multiplicidad y fijar sentidos estables y definitivos que encubren exclusiones de muchos “otros” posibles. De hecho, es a través de estos mecanismos que se refuerza la hegemonía neoliberal. Los aportes de la deconstrucción como estrategia que desde el interior de las estructuras que componen el campo discursivo subvierten los sentidos a partir de los mismos recursos que componen dichas estructuras, pueden ser un gran aporte a la hora de desarrollar nuevos modos de representar la realidad (Biset, 2013; Noretto & Wiczorek, 2020; Angenot, 2012).

Existen códigos lingüísticos comunes que ya están ahí disponibles para su uso, proyectando lo decible dentro del discurso social. Por lo tanto, la contemporaneidad de los discursos sociales debe percibirse como una realidad evolutiva y

heterogénea, para después proponer abordar estas cuestiones desde una “historia de las sincronidades” en lugar de la lingüística estructural que le quita capacidad de agenciamiento al sujeto (Angenot, 2012).

Ante la explosión de nuevas identidades, y el derrumbe de las grandes metanarrativas de la modernidad, el concepto de hegemonía de Gramsci se vuelve fundamental; especialmente para el extenso abanico de movimientos progresistas emergiendo, dentro y fuera del ecosistema comunicativo de la sociedad. El proyecto hegemónico es indispensable para la articulación de las diversidades que actualmente pugnan desde la periferia contra el relato y la narrativa neoliberal (Laclau, 1993; Nosetto & Wieczorek, 2020).

Todo esto supone un constante desmonte y reinterpretación de las estructuras de pensamiento, los valores universales y los marcos de interpretación del mundo. Y, a partir de esto, construir nuevos conceptos y modelos que develan las contradicciones del sistema social imperante. Una labor intelectual cercana a los movimientos sociales y grupos subalternos que, desde la periferia del ecosistema de medios, batallan por existir, por hacer oír sus voces y sus reclamos, es fundamental para ensayar proyectos hegemónicos que busquen direccionar la indignación.

Una epistemología para direccionar la indignación

Actualmente existen diversos desarrollos epistemológicos que incluyen en sus análisis el auge de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, como así también de los desafíos que implica el estudio de los espacios sociales que se constituyen a partir de ellas. Al parecer, en la nueva “sociedad red” en la que el conocimiento y la información juegan un papel preponderante, éstos se encuentran muy dispersos y atomizados en el ecosistema digital. Hoy, el conocimiento está *mediado tecnológicamente* y a esta cuestión suele atribuírsele la consecuencia de una especie de “*desbordamiento de información*” (Nicanor, 2014).

Esto tiene importantes implicancias, ya que el conocimiento parece darse a través de redes y formas colaborativas de ensamblaje, un “ensamblaje colectivo” que involucra máquinas y personas. De esta manera, se vuelve urgente y necesario, para abordar esta proliferación de nuevas prácticas sociales, una epistemología de la era digital que nos permita investigar en profundidad este conocimiento que se nos presenta de forma fragmentada, en relación a su construcción en torno a mundos virtuales y formas de vida específicas, como por ejemplo aquellas que se orientan al activismo digital o el ejercicio de ciudadanía digitales (Nicanor, 2014).

Para nuestro propósito podemos decir que, si el conocimiento ahora se nos presenta de forma dispersa, quizás la clave podría estar en estudiar cómo se tejen redes, ya que, tejer redes en un entorno que fragmenta y atomiza constantemente las prácticas sociales, podría ser pensado como una forma de subvertir el orden establecido. En este sentido, será fundamental, para investigaciones futuras, poner el foco en la convergencia entre prácticas mediáticas hegemónicas y subalternas con la intención de resaltar los procesos de apropiación de sentidos y de tecnologías.

Para este propósito podrían ser de ayuda los desarrollos teóricos en torno a las prácticas de deconstrucción como apuesta política que interviene constantemente en nuestras prácticas en el espacio. Estudiar estas estrategias, singulares en su intervención, que facilitan la convergencia, nos lleva a entender la deconstrucción como un trabajo de constante utilización y reutilización de elementos previamente existentes en los diferentes enclaves culturales que suponen los ecosistemas mediáticos actuales (Naas, et al., 2017; Biset, 2020).

A partir de aquí nos interesa especificar que las prácticas de grupos subalternos que interesan de forma especial a esta propuesta epistemológica, son aquellas que pueden ser identificadas en la cultura mediática popular, particularmente en la conformación de resistencias simbólicas y formas de dar sentido a sus acciones (De Certeau, 1984; Hebdige, 2012; Williams, 2001). Pero incluso yendo más allá para preguntarnos, además, cómo esas acciones cotidianas van configurando el entorno en el que se desarrollan (Reckwitz, 2002), ya que los usuarios de redes sociales se han configurado como productores cada vez más activos de contenidos mediáticos (Bruns, 2006) mediante creativas fusiones y convergencias entre prácticas mediáticas hegemónicas y subalternas, que resignifican los efectos de la comunicación a través de nuevas trayectorias en la circulación de los mensajes (Romero, 2020) a la vez que representan verdaderas reconfiguraciones del poder mediático (Jenkins, 2008).

Comprender los usos que los grupos subalternos hacen de las redes sociales nos abrirá un repertorio de prácticas políticas tendientes al ejercicio de ciudadanía digitales para el cambio social, que permitirán abordar el estudio de las siempre cambiantes relaciones de fuerza que le van dando forma al campo de la cultura en entornos digitales (Hall, 1984). De esta manera, es imprescindible incorporar consideraciones que pongan el foco en los usos y las prácticas prolongadas para comprender procesos de cambio (Lewis, 2015; Postill, 2012) y los modos en que las infraestructuras tecnológicas se convirtieron en actores de las relaciones sociales, ya que, a partir de los usos, se transforman en herramientas de enorme potencial (García-Estévez, 2017; Miller y Horst, 2020).

Poner el foco en los usos que los grupos subalternos hacen de las redes sociales podrían abrir un repertorio de prácticas políticas tendientes al estímulo de conciencias críticas, procesos que permitan una reapropiación de la propia subjetividad, nuevos modos de referencia y formas de relación (Guattari y Rolnik, 2009). Es poner la importancia en el estado del juego de las relaciones culturales, es decir, las siempre cambiantes relaciones de fuerza que le van dando forma al campo de la cultura (Hall, 1984), ahora desde los medios conectivos, que se han transformado en las principales industrias culturales de nuestro tiempo.

El desafío epistemológico para observar y poder estudiar los *usos* y las prácticas en el ecosistema de medios conectivos parece ser una de las cuestiones centrales. En este sentido, es importante aclarar que, a diferencia de conceptos como “comunidad” o “red”, que suponen, muchas veces, etiquetas prematuras de las realidades que se pretenden investigar, preferimos usar “mundos sociales”, ya que al ser un concepto heurístico, evita conceptualizaciones apresuradas de determinadas formaciones sociales (Pink et al., 2019).

Por otra parte, se opta por hacer uso del concepto de “sociabilidad”⁹, que podría permitir estudiar las formas y razones por las cuales las personas se agrupan o se consideran miembros de un grupo y, al mismo tiempo, ampliar el repertorio conceptual de los mundos sociales mediados digitalmente desde la etnografía digital, ya que el repertorio etnográfico facilita apreciar mejor los sentimientos que genera el hecho de ser parte de un grupo, como así también de qué manera entienden e interpretan sus entornos los actores o agentes estudiados; y por otra parte, sumergirnos en los “mundos sociales” por un tiempo determinado, nos permitirá un acercamiento a las actividades, relaciones y significaciones que se forjan entre quienes hacen parte de los procesos sociales que tienen lugar en esos mundos (Pink et al., 2019).

Para abordar el estudio de estos “mundos sociales” nos interesa especialmente rescatar, en principio, los aportes de Wittgenstein, los cuales han suscitado grandes contribuciones para la teoría política contemporánea, pero también para el campo de la comunicación. Para el filósofo, el lenguaje funciona como un dispositivo de ordenamiento del mundo porque domina al sujeto que ve a través de él, orientando la conducta humana y sirviendo de nexo entre los sentidos y las cosas. El lenguaje

9 Si bien existen muchas definiciones de este término, en esta investigación se lo utilizará como la exclusiva cualidad social que caracteriza las interacciones compartidas en un espacio social determinado, lo que nos permitirá, además, dar cuenta de la diversidad de sociabilidades en torno a diferentes prácticas comunicativas (Pink et al., 2019).

estructura la realidad que percibimos a través de las limitaciones inherentes del pensamiento (Wittgenstein, 1953).

Esta cuestión es importante, desde el punto de vista epistemológico, por varias razones. Si el lenguaje es un dispositivo de ordenamiento del mundo, ahora, el sentido de las cosas dependerá de los hábitos y usos del lenguaje comunitario y cualquier determinación ontológica será siempre parasitaria del contexto de los *decible*. Lenguaje y acción (usos) son momentos de un mismo modelo: los juegos del lenguaje. Estos “juegos del lenguaje” son prácticas de uso lingüístico común, con reglas específicas al interior de ellas, que delimitan el sentido de los conceptos. Las reglas adquieren su significado a partir de la acción misma (uso) y no *a priori*¹⁰ (Scavino, 1999; Muñoz, 2004). Identificar, en un primer momento, las prácticas de uso lingüístico común entre los agentes que integran los referentes empíricos seleccionados, nos facilitarán identificar *usos* específicos para estudiar el devenir de acciones que se orientan al activismo o el ejercicio de ciudadanía digital .

La importancia para nuestro propósito radica en que el espacio público se va configurando a partir de estas prácticas discursivas y lingüísticas; lo que quiere decir que los conceptos políticos podrán ser explicados a partir de insertarlos en formas de vida o mundos sociales específicos (por ejemplo, comunidades que comparten ciertos juicios, valores, formas de resolver los conflictos, etc.). Pero, al mismo tiempo nos interesa porque el objetivo de esta investigación pretende desentrañar la trama de relaciones e injerencias que configuran los significados de las acciones y no sus causas; ya que se entiende, como venimos diciendo, que los significados derivan de las ideas compartidas y las reglas de la vida social. Es decir, las acciones son ejecutadas por sujetos que significan algo a través de ellas (Scavino, 1999; Hollis, 1998; Muñoz, 2004).

Finalmente, debemos decir que estas cuestiones tienen especial relevancia, ya que nos permite asumir que las “verdades” que emergen del ecosistema de medios conectivos, son resultado de luchas y disputas entre diferentes ideas o significaciones; construcciones sociales contingentes que posibilitan, además, nuevos dominios de saber, que son consecuencia de los juegos de dominación y subordinación. El lenguaje se vuelve el terreno de disputa por excelencia, en el que las condiciones políticas atraviesan constantemente luchas de interpretaciones que pugnan por darle una orientación específica a los conceptos y valores nodales que

10 Esto está íntimamente relacionado con el desgaste que, a partir del siglo XX, sufre la importancia que le atribuímos a los grandes relatos y metarrelatos sobre la vida que habitualmente anteceden a la ejecución de nuestras acciones. Esta cuestión adelantaba cambios profundos en la relación entre conocimiento y construcción de la verdad (Lyotard, 1992).

fundamentan lo social (Nietzsche, 1980; Foucault, 2001). Y, a partir de esto, estudiar los ejercicios de activismo que busquen producir innovadoras alteraciones en el flujo informativo con la intención de generar movimientos y cambios en las reglas del juego lingüístico o, lo que es lo mismo, transformar los marcos de interpretación del mundo (Nicanor, 2014).

Bibliografía

- Adamovsky, E., Aguiton, C., Berlinguer, M., Calle, Á., Morell, M. F., Galdon, G., Holmes, B., Reyes, O., Subirats, J., Wainwright, H., (2007). *Repensar la política en la era de los movimientos y de las redes*. Icaria Editorial.
- Adorno, T. W., & Horkheimer, M. (2002). *The culture industry*. Routledge.
- Appadurai, A. (2000). *Grassroots globalization and the research imagination*. Public culture, 12(1), 1-19.
- Angenot, M. (2012). *El discurso social: los límites de lo pensable y lo decible*. Siglo XXI Editores.
- Betancourt, V. (2011). *Ciberactivismo: ¿Utopía o posibilidad de resistencia y transformación en la era de la sociedad desinformada de la información?*. Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación, (116), 94-97.
- Biset, Emmanuel, (2013), *Derrida y lo político*. Confines, 30, 23-37.
- Biset, Emmanuel, (2016), «Teoría política. Un estado de la cuestión», *Anacronismo e Irrupción*.
- Biset, Emmanuel, (2017), «Políticas de la deconstrucción», Lazo Brione, Pablo, Jacques Derrida: ética y política, Buenos Aires, La Cebra.
- Biset, E. (2020). *Deconstrucción*. BORDES, (17), 235-238.
- Brown, Wendy, «En los bordes», *Political Theory*, Vol. 30 No. 4, August 2002, pp. 556-576.
- Boellstorff, T. (2020). *Repensar la antropología digital*. En *Antropología digital* (págs. 39-60). Routledge.
- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza*. Madrid: Alianza Editorial.
- Caballero, F. S., & Sola-Morales, S. (2021). *El lugar de la cultura en la era del capitalismo cognitivo. Notas para una discusión sobre ciudadanía digital*. *Comunicación y Hombre*, (17), 253-269.
- De Moraes, D. (2010). *Mutaciones de lo visible: comunicación y procesos culturales en la era digital*. Paidós.
- Foucault, M. (1999). *Microfísica del Poder*, Editorial la Piqueta.
- Foucault, M. (2001). *La verdad y las formas jurídicas*. Editorial Gedisa.
- Foucault M. (2003). *El Orden del Discurso*. Octaedro Editores.
- Galindo, J. A. (2009). *Ciudadanía digital*. *Signo y pensamiento*, XXVIII (54), 164-173.
- Gramsci, A. (1968). *Prison Notebooks*. Lawrence and Wishart.
- Gramsci, A. (2004). *Antología*. Siglo XXI.
- Guattari, F. & Rolnik, S. (2006). *Micropolítica: cartografías del deseo*. Edición Traficantes de Sueños.
- Hall, S. (1984). *Notas sobre la deconstrucción de lo popular*. Publicado en SAMUEL, R. (ed.). *Historia popular y teoría socialista*, Crítica, Barcelona.

- Han, B. C. (2014). *Psicopolítica: neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder Editorial.
- Han, B. C. (2014). *En el enjambre*. Herder Editorial.
- Hebdige, D. (2012). *Subculture: The meaning of style*. Routledge.
- Hernández Conde, M. (2020). *Ni michismi ni fininismi, la influencia de los memes y la remezcla en el discurso contrahegemónico de los feminismos en el 8M*. In *Ciberactivismo, libertad y Derechos Humanos. Retos de la democracia informativa*. XI Congreso Internacional ULEPICC (2020), p 185-208. ULEPICC.
- Hine, C. (2011). *Etnografía virtual*. Editorial uoc.
- Hollis, M. (1998). *Filosofía de las ciencias sociales: una introducción*. Ariel.
- Jenkins, H. (2008). *Convergencia cultural. La cultura de la convergencia de los medios de comunicación*. Paidós.
- Laclau, E. (1993). *Poder y representación*. Politics, theory and contemporary culture.
- Lago Martínez, S. (2008). *Internet y cultura digital: la intervención política y militante*. *Nómadas*, (28), 102-111 Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=1051/105116292010>
- Lago Martínez, S. (2015). *Movimientos sociales y acción colectiva en la sociedad red*. *Chasqui* 128. 113-130. <http://hdl.handle.net/10469/13409>
- Lanier, J. (2011). *Contra el rebaño digital: un manifiesto*. Debate.
- Larrinaga, M. C., & Valencia, Y. S. G. (2017). *El ciberactivismo en las revoluciones posmodernas*. *RESI: Revista de estudios en seguridad internacional*, 3(1), 103-125.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social. Una introducción a la teoría del actor-red*. Ediciones Manantial.
- Laval, C. (2015). *Antropología del sujeto neoliberal*. Presentación de Christian Laval en el seminario "Pensar con la antropología". Laboratorio Sophiapol, Universidad de Paris Oeste. Recuperado de <http://lalibertaddepluma.org/christian-laval-antropologia>.
- Lefebvre, H., Lorea, I. M., & Gutiérrez, E. M. M. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Lennie, J., & Tacchi, J. (2013). Evaluating communication for development: A framework for social change.
- Lévy, P. (2003). *Que é o Virtual?*, O. Editora 34.
- Lewis, T. (2015). 'One city block at a time': *Researching and cultivating green transformations*. *International Journal of Cultural Studies*, 18(3), 347-363.
- López García, G. (ed.) (2005). *El ecosistema digital: Modelos de comunicación, nuevos medios y público en Internet*. Servei de Publicacions de la Universitat de València. Disponible en <http://www.uv.es/demopode/libro1/EcosistemaDigital.pdf>
- Lytard, J. F. (1992). *La condición postmoderna: informe sobre el saber*. Barcelona: Planeta-Agostini.

- Martín-Barbero, J. (2001). *De las políticas de comunicación a la reimaginación de la política*. Nueva Sociedad, 175, 70-84.
- Martín- Barbero, J. (2009). *Culturas y comunicación globalizada*. Revista Científica de Información y Comunicación, 6(1), 175-192.
- Mastrini, G., & Becerra, M. (2006). *Periodistas y magnates. Estructura y concentración de las industrias culturales en América Latina*. Buenos Aires: Prometeo.
- Miller, D., & Horst, H. A. (2020). *The digital and the human: A prospectus for digital anthropology*. In *Digital anthropology* (pp. 3-35). Routledge.
- Moreno, J. E. (2015). *Pensar la ideología y las identidades políticas. Aproximaciones teóricas y usos prácticos*. Estudios políticos, 35, 39-59.
- Morley, D. (2006). *Media, modernity and technology: The geography of the new*. Routledge.
- Muñoz, M. T. (2004). *La relevancia de Wittgenstein para el pensamiento político*. Andamios, (1), 197-231.
- Naas, M., Lanceros, P., Moreiras, A., Solís, Á. O. Á., Biset, E., & Yébenes, Z. (2017). *Jacques Derrida. Ética y política*. Universidad Iberoamericana.
- Nicanor, U. (2014). *E-epistemología: un desafío y una respuesta filosófica al mundo digital*. Revista Internacional de Filosofía, (61), 55-74.
- Nietzsche, F., & Vaihinger, H. (1980). *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*. Revista Teorema.
- Nosetto, L., & Wiczorek, T. (2020). *Métodos de teoría política*. CLACSO
- Pink, S., Horst, H., Postill, J., Hjorth, L., Lewis, T., & Tacchi, J. (2019). *Etnografía digital*. Ediciones Morata.
- Postill, J. (2012). *Media and social changing since 1979: Towards a diachronic ethnography of media and actual social changes*. In EASA 2012 biennial conference, Nanterre, Paris. (Vol. 13, No. 07, p. 2013).
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo*. Filosofía y política. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Reguillo, R. (2017). *Paisajes insurrectos: jóvenes, redes y revueltas en el otoño civilizatorio*. NED ediciones.
- Reckwitz, A. (2002). *Toward a theory of social practices: A development in culturalist theorizing*. European journal of social theory, 5(2), 243-263.
- Romero A. (2020): *Violencia de género y videovigilancia: un caso de circulación del sentido*. ISBN 978-987-86-3799-0. Actas del Enacom 2019 - Encuentro Nacional de Carreras de Comunicación. Compilado por Claudia Ortiz; César Rogelio Zuccarino; María Elena Ferreyra. 1ª edición compendiada – Córdoba: César Rogelio Zuccarino, 2020.
- Sánchez, I. C. (2019). *Empoderamiento comunicacional y soberanía tecnológica en el movimiento de protesta como desafío y alternativa al modelo de capitalismo cog-*

- nitivo*. En Epistemología de la comunicación y cultura digital: retos emergentes (pp. 367-380). Universidad de Granada.
- Sautu, R. (1997). *Acerca de qué es y no es investigación científica en ciencias sociales*. Wainerman, Catalina y Sautu, Ruth (Comps.), *La trastienda de la investigación*, 227-240.
- Sibila, P. (2012). *La intimidad como espectáculo*. Fondo de Cultura Económica.
- Stake, R. E. (1995) *The Art of Case Study Research*. SAGE.
- Storey, J., & MATA, À. (2018). *Teoría cultural y cultura popular*. Octaedro.
- Srnicek, N., & Williams, A. (2017). *Inventar el futuro: Postcapitalismo y un mundo sin trabajo*. Malpaso Ediciones SL.
- Tomadoni, C. (2007). *A propósito de las nociones de espacio y territorio*. *Gestión y ambiente*, 10(1), 53-65.
- Van Dijck, J. (2016). *La cultura de la conectividad: Una crítica a las redes sociales*. Buenos Aires.
- Vieytes, R. (2004) *Metodología de la investigación en organizaciones, mercado y sociedad: epistemología y técnicas*. De La Ciencia.
- Williams, R. (2001). *Cultura y Sociedad. 1780 - 1950*. De Coleridge a Orwell. Bs. As. Nueva Visión.
- Wittgenstein, L. (1953). *Investigaciones filosóficas*. Primera edición en Altaza. Ediciones Altaya.
- Zapatero, M. D. C., Brändle, G., & San-Román, J. A. R. (2015). *Hacia la construcción de una ciudadanía digital. Nuevos modelos de participación y empoderamiento a través de Internet*. *Prisma social*, (15), 643-684.2.